

que pudiera recordar, han muerto en España en la flor de la vida.

¡Ah! Es que nuestras pasiones, nuestras envidias, nuestros rencores, nuestras luchas por la vida, la pobreza, el desorden, la imaginación y el sentimiento nos diezman.

Y es mal que no tendrá remedio.

Aun á los pocos viejos que tenemos los descuidamos de tal modo que merecemos universal censura.

No hace mucho que, encontrándose en una estación de ferro-carril D. José Valero con mi hermano, le dijo:

—¡Escriba V. á su hermano que el actor más antiguo de la nación, el que ha enseñado á hacer comedias á dos generaciones, tiene que ir representando por los pueblos!

¡Incomprensible desdén de la nación en verdad! Valero ambulante, Zorrilla leyendo versos por esos mundos, García Gutierrez con un sueldo relativamente ínfimo, Aguilera, muerto en la pobreza, Matilde Díez ultrajada, ofendida y procesada en la agonía, Fernández Guerra discutido en su país y celebrado en Alemania, Salamanca acabando su vida como el último de los tramposos, Fernández y Gonzalez puesto á precio por los editores, Arrieta juzgado por aficionados vulgares, Romea enterrado á crédito...

Yo vivo al lado de la *calle de Meissonnier*, cerca de la *calle de Gounod*, no lejos de la *calle de Fortuny*... Alejandro Dumas, al salir de su casa, ve todas las mañanas la estatua de su padre... y este patriotismo y admiración por el talento propio ó extraño despierta en mí un sentimiento de envidia... Espero que mis hijos, al volver conmigo á la madre patria, me pregunten dónde vivieron ó murieron Olózaga, Galiano, Ríos Rosas, Hartzenbusch, Valero, Rosales y Bretón de los Herreros... y acaso me lo pregunten al pasar por la *plaza de Pastor* ó la *calle de Frascuelo*, héroes nacionales, ídolos de nuestra moderna España.

EUSEBIO BLASCO.

EN LA ESCUELA

IDILIO REALISTA

ATENCIÓN, mucha atención, y pues presume de diestro, haga usted, gruñó el maestro, esa multiplicación.—

Yo fijo ante la pizarra otra cosa no veía que el balcón donde subía

retorciéndose una parra:
y los tejados de enfrente
en que alegres y parleros
saludaban los jilgueros
la primavera naciente.
Absorta y embebecida
mi imaginación vagaba
por el viento, en que sonaba
música jamás oída,
mientras llegando en montón
los pájaros atrevidos,
iban á dar distraídos
en los hierros del balcón.

—Vamos, niño—en su falsete
murmuró el domine rudo,
—¿lo dice usted ó le sacudo?
¿qué son setenta por siete?

Y yo, afrontando los daños,
entre cálculos extraños
pensaba en mis desvaríos:
—¡Los setenta son tus años
y los siete son los míos!

MANUEL DEL PALACIO.

EL CARNAVAL Y LA CUARESMA

EN LA NATURALEZA

POR qué no ha de tener también su Carnaval la Naturaleza? Cuántas raras analogías entre la vida de la naturaleza no nos han hecho ya presentir nuestros poetas en sus delicadas y preciosas imágenes! El poeta es quien, ya desde remotos siglos, conciliará el dualismo de ambos mundos, que la filosofía no acertó hasta el presente, á resolver de una manera satisfactoria en una unidad armónica.

La nueva civilización ha revelado en diferentes ocasiones, de un modo más abrupto aun, el antiquísimo antagonismo entre el espíritu y la materia, oponiendo directamente la naturaleza á la humanidad. Sin embargo, esta misma civilización ha dirigido, por otra parte, todos los esfuerzos de la inteligencia á conciliar estos contrastes: siendo la moderna filosofía alemana la que más ha obrado en este sentido. Al decir de la filosofía de Hegel, ella es la que ha promovido la aniquilación completa de estas oposiciones. Como quiera que sea, lo cierto es que los ensayos más felices se deben al desarrollo de la escuela de Kant, particularmente á los conatos de dos hombres de que debe envanecerse todo buen alemán, Schiller y Guillermo de Humboldt; aquel por su teoría de lo bello, y éste por su teoría de la lengua.

Si, por lo tanto, la vida de la naturaleza y la

del entendimiento no solo reconocen un origen común, sino que no son más que manifestaciones diferentes de un principio esencial idéntico, deberán reinar en entrambas las mismas leyes. El Carnaval, pues, como derivación legítima de las leyes que rigen la vida humana, habrá de reproducirse en la naturaleza. El Carnaval es la ley de la acción y de la reacción en un caso dado, el paso de una cantidad de fuerza á su apogeo, y su retroceso á cero; puesto que al Carnaval pertenecen, como corolario esencial, los ayunos, y como miembro de transición, la depresión física y moral resultante de la orgía.

También en la naturaleza se estiende muy lejos el señorío del Carnaval. Donde quiera que predominan fuerzas naturales desmedidamente por corto intervalo, debe sobrevenir por necesidad una reacción, que, neutralizando este esceso parcial, vaya restableciendo el equilibrio general. Así que vemos aparecer el Carnaval, aun allí donde una definición harto limitada niega la presencia de toda vida. Sin embargo, el Carnaval reina más decididamente donde se manifiesta la vida en el sentido riguroso de la palabra, en la esfera de la naturaleza orgánica. Pues como dice el poeta:

Do insensatas dominan fuerzas rudas

No puede forma alguna producirse.

Informe, como desprendido de las ataduras de ley, se nos aparece todo en tiempo de Carnaval. Pero este amorfismo no deja de tener sus leyes, y solo en apariencia carece de formas. No ha mucho que disfrutamos de un Carnaval de la atmósfera, en que el barómetro bajó varias veces hasta 27 p. de cuyos resabios pueden contarnos los médicos lindezas. Pero el verdadero Carnaval atmosférico son las tormentas; y basta haberse mareado alguna vez para dar á sus consecuencias un nombre adecuado.

En zona tropical celebra la naturaleza un antruejo anual y otro diario. El anual empieza cuando el sol, llegado á su apogeo, envía sus rayos verticales sobre la tierra. Todo sale entonces de quicio: esto es, de la regla ordinaria en el curso natural de las cosas. Manifiéstase una excitación extraordinaria. Todo trata de indemnizarse, de apercibirse para los ayunos que infaliblemente han de sobrevenir. Lo inexorable son estos ayunos, que ciertamente entrarán después, pues todos los fenómenos meteorológicos se presentan allí con una regularidad mucho mayor que en otra parte alguna. El suelo se satura de bebida abundante, á usanza del Carnaval. La vida vegetal, en particular, se atropella en su desarrollo, para acopiar una provisión de que pueda echar mano, cuando sobrevengan los ayunos de la sequía. La vida animal también parece estar ani-

mada de nuevo aliento; los grandes lagartos se arrastran fuera de su cieno, ablandado por las excesivas lluvias. Tras larga privación, se gozan de una manera verdaderamente carnavalesca, desquitándose de lo pasado y de lo que está por venir. El mundo de las aves respira y se recrea con no menor alborozo en la superabundancia de los insectos, y estos á su vez, en la fresca vegetación ó en otros animales más pequeños, los más de los cuales acaban de despertar también del sueño del invierno.

Los animales carnívoros y los mansos herbívoros toman también su parte en el júbilo del Carnaval, pues á todos les cabe lo supérfluo, y todos tienen delante la estrechez de la cuaresma. Sin embargo, tampoco falta en los trópicos el Carnaval diario. Cuando en tiempo de lluvias, después de salido el sol, se establece una fuerte corriente de aire ascendente, y cuando el aire, muy calentado y cargado de vapores acuosos, ha llegado á la altura conveniente, se forma un precipitado considerable, que el aire frío no puede mantener suspenso. El cielo se oscurece, se agrupan densas nubes, que van tomando colores más y más sombríos. Cruzan los relámpagos, rueda sordamente el trueno, y se presenta por fin la tormenta diaria, con tanta precisión en algunas regiones, que sirve este fenómeno para medir el tiempo. Mientras dura, bebe la naturaleza á cántaros, porque el ardiente sol le amargará luego este placer.

Nosotros, habitantes de una zona templada, y que gozamos el privilegio de tener cuatro estaciones, conocemos los atractivos del poético curso alternado del año. Mas diremos; nuestro Carnaval es el más hermoso de todos, puesto que es el del amor.

Cuando la primavera, esta gallarda doncella, visita nuestros campos, todo despierta para rejuvenecerse y gozar, y lo sumo de estos goces es el del amor. La naturaleza entera se engalana con la clámide nupcial, las plantas visten nuevos trajes, los animales se despojan de su manto hiema. El gallo, cantor de las florestas, que, huyendo de los rigores de la cuaresma, volara en busca de climas menos adustos, torna presuroso para dejarse prender por tiernos lazos, que le impulsan á expresar artísticamente sus variades afectos. Entonces se oye resonar la selva, antes muda y yerta, con suaves y sentidas melodías, y el néctar que escancian las flores en el tálamo del himeneo exalta el placer que rebosa por la naturaleza entera. Pero esta fruición apasionada del amor se enerva luego; siguen los ayunos del verano; el canto melodioso del ruiseñor se trueca en sonidos roncós y chillones; pierde la flor su aroma; la fuerza se dirige á lo interior; muéstranse en todas partes los efectos de la fecundación.

Tampoco le falta á la zona glacial su corto Carnaval, seguido luego de los rigurosos ayunos de su interminable invierno. Cuando ya hace algún tiempo que ha trascordado el sol su puesta cotidiana, entonces empieza á germinar y á florecer todo cuanto es capaz de echar flores, por no malograr el tiempo escaso concedido á aquella vegetación. Todos los animales se regocijan al desperdicio del largo sueño de invierno; pero la diversidad de seres es allí muy contada, y muy corto el tiempo de la decoración, para que pueda compararse aquel Carnaval con el nuestro.

Pero no solamente lo que vive sobre la tierra, sino también la misma tierra tiene su Carnaval.

Ya es sabido que Goethe no era afecto al plutonismo en geología. El craso neptunismo de Werner se avenía más con su temple. Pero tampoco aquí, como en la teoría de los colores, ha podido detener su autoridad la marcha de la ciencia. El plutonismo es un hecho demostrado y universalmente reconocido; hay más: la ciencia moderna ha tenido que moderarlo en varios sentidos. La tierra, en su desarrollo gradual, presenta diversos períodos que fueron determinados por causas plutónicas. Al delirio saturnal plutónico de corta duración, siguieron largos ayunos neptúnicos. Así vemos aquí también cómo un exceso de acción dirigido en un mismo sentido, acarrea una reacción, y cómo en el oleaje incesante de leyes actuantes, vá desenvolviéndose y formándose la tierra para el rey de la creación, el hombre.

También en su vida, que no pertenece menos á la naturaleza que la de los demás seres, volvemos á tropezar con la misma ley. El hombre es por excelencia el héroe del Carnaval. Su vida toda es una alternativa incesante de corto Carnaval y de dilatados ayunos; por esto es tan pobre de goces, y tan rico de privaciones. Viene al mundo con alborozo carnavalesco; y á poco disfrutar de plena libertad, le aprisionan en pañales. Con todo, acaba por acostumbrarse á ellos, y salta y trisca que da gusto el verle. Este es el carnaval de su niñez, seguido luego de los ayunos de la adolescencia, puesto que ya es hora de cultivarle, de instruirle. Entonces se le echa una nueva camisa de fuerza; y vienen los ayunos al pie de la letra, si se atreve á oponer la menor resistencia. Finalmente, se abalanza al dulce reclamo del tercer Carnaval, el amor, el más delicioso de todos. Pero tras una corta embriaguez, sigue el matrimonio, que no calificaremos de Cuaresma; pero que allá se vá. Tal es la vida del hombre de la naturaleza. Pero hay también hombres de la virtud y de la religión, así como los hay de ideas. Solo en el terreno de la vida puramente intelectual no hay Carnaval ni Cuaresma. Un solo sorbo del puro cáliz de la verdad da un bienestar tan

ageno de la acción como de la reacción del Carnaval.

J. DELLMANN.

LA LOCA

OH! la imaginación! ¡cuánto maldigo
á esa loca que vuela sin cesar!
ella me impide ser feliz; por ella,
nunca podré gozar;

porque en todas las dichas que hallo al paso,
ella vé otras que valen mucho más,
y ¡qué ha de suceder! que las reales
no hacen efecto ya.

J. M. F.

LA CONSTANCIA

II

(Conclusión.)

SUSANA Á VÍCTOR.

Madrid 29 de Mayo de 187...

MI adorado Víctor: Héme aquí sola sola! sí, porqué sin tí estoy sola en medio de tanta agitación, de tanto ruido y tanta gente. Y á pesar de todos, aun vivo; ¿es posible? ¿puedo vivir sin tí? oh! sino me adelantase una esperanza ¿crees que viviría? Pero estoy tan triste, tan triste, que mi vida se ha convertido en un curso de lágrimas. Papá y Rosalía intentan consolarme, pero no pueden; ¿quien ha de poder consolarme en el mundo? tú solo.

Escríbeme, Bien de mi vida; escíbeme á menudo; cuéntame todos tus pensamientos; á ver si hay alguno en que no esté grabada mi imagen. En cuanto á los míos te juro que todos los ocupa tu recuerdo.

Susana.

VÍCTOR Á SUSANA.

P... 6 de Junio de 187...

¿Temes que mi amor no es tan grande como desear? Un amor entre dos almas iguales es inagotable; nuestras almas son gemelas. Lo único que hace menguar ó desaparecer el amor, es la desigualdad de las almas. Tú, que ves en mí la encarnación de tus pensamientos, has de amarme; yo que veo en tí la encarnación de los míos, he de amarte. Descuida; aunque no quisiéramos nos amaríamos.

Victor.